

PROLOGO

La pobreza de la bibliografía española de primera mano, documentada, seria, estrictamente científica, sin partidismo ni prejuicios, tiene una excepción granada, tanto más dichosa cuanto más rara, en este magnífico estudio, donde va recogida la sustancia de la tesis doctoral de Wladimiro Lamsdorff-Galagane, leída en la Universidad de Granada ante un tribunal del que me honré en formar parte y que le discernió los máximos galardones académicos en una justicia cuya solidez podrá comprobar quien la leyere. Con ella el doctor Lamsdorff-Galagane entra con pujante brío en el escenario de nuestros cultivadores de la Filosofía del Derecho para ocupar puesto de relieve primerísimo gracias a la sagacidad de sus observaciones críticas, al extraordinario manejo de las fuentes y a una sólida formación filosófica transparente en cada uno de sus comentarios y en la justeza de las conclusiones.

Es abundante la bibliografía sobre temas soviéticos entre nosotros, pero en su mayor parte, salvo excepciones que caben en los dedos de una mano, adolece de superficialidad, escasez de documentación y fallos en el manejo de las fuentes. Opositores a cátedras he visto yo que acudían a ellas con aparato de teóricos del marxismo, peritos en la literatura

marxista o cultivadores de la sociología con criterios de esa línea, y que luego, al apurar los hontanares de sus saberes no pasaban de Roger Garaudy, o al puntualizar lo que de marxismo sabían escondían su insuficiencia en tópicos de lugares comunes, cuando no de latiguillos mitinescos. A tantos de esos, sobre todo a quienes yo he padecido desde mi asiento de un tribunal de oposiciones a cátedras, no les vendría nada mal la lectura de este libro para aprender lo que es un estudio serio, imparcial y bien trabado, esto es un trabajo científico a secas. De desear sería que nuestros marxistas de opereta en el saber y de teatro en las posturas, imitaran al doctor Lamsdorff-Galagane cuando de marxismo hablen: documentándose en fuentes directas, pensando con claro talento los problemas y sin ceñirse a dar en copistas, de copistas de copistas. Aunque no fuese más que por el rigor científico y por la maestría en el manejo de las fuentes rusas este libro es un libro excepcional en la bibliografía filosófico-jurídica en lengua castellana.

De la mano del doctor Wladimiro Lamsdorff-Galagane el lector sigue el hilo de la temática de la justicia en el pensamiento soviético. La primera parte es un agudísimo análisis del pensamiento de Carlos Marx en estos puntos, análisis llevado a cabo con originalidad suma. Lástima que, por los motivos de acortamiento en la publicación del voluminoso contenido de la memoria doctoral, haya quedado recortado el análisis al exclusivo pensamiento de Marx, sin seguirle una paralela consideración de las opiniones de Federico Engels. Y digo lástima porque,

contra la vulgar opinión que por ahí corre como última secuela staliniana entre los marxistas co-
terráneos, asaz difieren ambos pensamientos. En pri-
mer término porque, en contraposición a Marx, En-
gels desarrolla una dialéctica de la naturaleza, apo-
yada en las tres leyes que reconoce en su *Dialektik
der Natur* haber sorbido de Hegel: «das Gesetz des
Umschlagens von Quantität in Qualität und umge-
kehrt; das Gesetz von der Durchdringung der Gegen-
sätze; das Gesetz von der Negation der Negation»;
esto es, la ley del tránsito de la cualidad en cantidad
y viceversa; la ley de la penetración unitaria o com-
penetración de las contraposiciones; y la ley de la
negación de la negación. En segundo lugar, porque
al paso que para Marx la naturaleza representa
la alienación o alejamiento del hombre en el tra-
bajo para domeñarla en la tarea de la praxis, pa-
ra Engels la naturaleza precede al hombre y está
dotada de realidad propia, sin que quepa la contra-
posición marxista entre naturaleza y hombre; para
Engels, por el contrario, coinciden en su calidad ra-
dical que al tiempo es el efectivo fundamento de
ambos: la eterna materia, que dialécticamente se de-
senvuelve por sí misma sin necesidad de la aporta-
ción del hombre. Puesto que la totalidad de lo exis-
tente es para Engels una manera existencial de la
materia, la contraposición apuntada por Marx se re-
suelve en una unidad, que fundamenta sobre cimien-
tos por Marx no contemplados la doctrina del ma-
terialismo histórico. En tercer lugar, porque Engels,
fiel a reproducir en la materia los esquemas acuña-
dos por Hegel para la Idea, ve en el proceso dia-

lético en que en definitiva ésta consiste, un «innere Zweck», un fin propio, al que tiende por imperativos teleológicos inscritos en ella y el cual no es otro que la producción desde sus entrañas del Espíritu, en la *Dialektik der Natur* definido a la letra «die höchste Blüte», el supremo florecer, de la materia.

De cuya consideración deducirá Engels que la cuestión fundamental de la filosofía es la de las relaciones entre materia y espíritu pensante, que acoge en sí los contrastes del ser con el pensamiento, de la naturaleza con el espíritu; contrastes superados por Engels con el de la estima del dualismo entre realidad y ser objetivo ideal. La respuesta es sabida: el conocimiento no es más que el reflejo de la realidad en la cabeza de los hombres. Con lo cual se coloca en su debido punto el primado de la materia en la concepción de que el conocimiento del universo consiste en resultados y en conclusiones, no en principios ni puntos de partida. Y con lo cual también, y esto es importante para comprender la valoración del pensamiento soviético, que la verdad sea igualmente un proceso, en tanto que el conocimiento es reflejo de la materia dialécticamente evolucionante en un proceso de marchamo hegeliano. Por lo cual, al lado de la verdad absoluta que corresponde a lo absoluto del último Espíritu en Hegel, hay verdades relativas y parciales inscritas en los escalones del proceso dialéctico de la materia y desde él reflejadas en el espejo del conocimiento humano. Es la conocida afirmación del *Anti-Dühring* y aquí de grandísimo relieve porque el pensamiento soviético se apoya en Engels con preferencia a Marx, des-

de los escritos de Lenin, en especial desde que Lenin hubo manejado a Hegel con posterioridad a su *Matieriallism y empiriokriticizm*, como podrá ver con facilidad quien compare las opiniones de este libro con las notas acogidas en los *Filosófskiye Tietradi* o *Cuadernos filosóficos*, obra póstuma no editada hasta 1929.

La teoría leninista de la reflexión, con arreglo a la cual nuestras representaciones o conceptos no solamente se forman bajo el influjo del mundo exterior sobre los órganos de los sentidos, sino que al representarlos los reflejan a modo de lo que Lenin llama «otrazhéniya», «snimki» o «kópii», imágenes reflejas, fotografías o copias de las cosas, pende sustancialmente de Engels. Pese a la aparente majadería de ciertas apreciaciones de Lenin, impropias de varón de sus talentos, por ejemplo aquello de que «el idealismo es oscurantismo clerical», lo cierto es que representa una vuelta a Hegel por encima de Marx mismo y ello de la mano de Engels. Cuando el doctor Lamsdorff-Galagane subraya las aclaraciones de Lenin sobre Marx remacha este aspecto típico del pensamiento leninista. Por más que Lenin escriba en algún sitio que Marx y Engels superan la concepción hegeliana de la historia, lo cierto es que los *Filosófskiye Tietradi* están empedrados de aplausos a Hegel, de ver en Hegel el predecesor directo de su materialismo dialéctico, de luchar por encontrar en Hegel, saltando por encima de Marx cual hontanar primero, las raíces de la propia filosofía.

La visión leninista de que el conocimiento del hombre es una eterna aproximación a la verdad ab-

soluta en un proceso dialéctico que refleja la dialéctica de la materia tiene los orígenes hegelianos a través del puente de Friedrich Engels demostrados por Karl G. Ballestrem en su *Die sowjetische Erkenntnistheorie und ihr Verhältnis zu Hegel*, publicado en Dordrecht por D. Reidel en este año de 1968. Y el primer período de la filosofía soviética —por seguir la clasificación en períodos establecida por I. M. Bochenski en su *Der sowjetrussische dialektische Materialismus*—, concluye con la victoria de los neohegelianos de A. M. Deborin y de la revista *Pod snamienem marxisma*, *Bajo la bandera del marxismo*, vencidos solamente tras la condena por el Comité Central del 25 de enero de 1931.

Stalin fue la excepción. En su tiempo, o mejor, bajo su férula, se cumple el viejo programa proclamado en el número 11-12 de esta revista por O. Minin en su artículo *Filosofia sa bort o Filosofía por la borda*. Mientras imperó Stalin se reservó el derecho de dictar doctrinas filosóficas. En su *Iedinstvo dialléktiki, lôguiki i tieórii posnaniya*, *Unidad de la dialéctica, de la lógica y de la teoría del conocimiento*, editado en Moscú en 1963, exactamente en las páginas 11 y 12, narra B. M. Kedrov esa situación de terror según la cual era válido sólo que Stalin decía, y tocante a aquello sobre lo que no había opinado, cómo era mejor eludir la cuestión que exponerse a chocar con futuros juicios posibles suyos.

Con Stalin se apagan los juicios, porque la filosofía es un instrumento más del partido. No caben discusiones sobre sus problemas; será tan monolítica como el partido mismo. Y para ello será preciso

fabricar un bloque granítico en el cual Lenin, Marx y Engels cobren unidad sistemática sin el menor asomo de fractura ni de disparidad de opiniones. El propio Stalin dictó la fórmulas. En sus *Voprosuy Leninisma o Problemas del leninismo* consigna a la letra que «Leninism iest marxism epozi impieriallisma y prolletárskoy rievollútsii. Tochñeye: leninism iest tieoria y táctica prolletárskoy rievollútsii voobsche, tieoria y táctica diktatúrui prolletariata v osóbien-nosti... Vot pochemú leninism iavlláyetsia dallñéy-shim rasvítiem marxisma» (Partíynoye Isdátieellstvo, Moskvá, 1932, página 6). O sea: «El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. Mejor aún: el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general, la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en especial... El leninismo es el desarrollo posterior del marxismo». Y en la segunda parte del capítulo IV sobre *O diallektícheskom y istorícheskom materiallismie*, inserto en la *Istoria vsesoyusnoy kommunistícheskoi partii bollshevikov* de 1938, que sentó doctrina indiscutible en el correr de aquellos años, Stalin construye la concepción monolítica de una doctrina en la cual Lenin es el simple continuador de un Marx y un Engels que son la misma cosa; dictaminando sin lugar a dudas que cualquier disparidad menor «ñe osnacháyet, chto dialléktika Marxa y Engelsa ñe tozhdiéstvienna dialléktikie Lénina», no significa que la dialéctica de Marx y de Engels difiera de la dialéctica de Lenin (cito por la edición de 1950, Gosudárstviennoye Isdátieellstvo Pollitícheskoy Llitieratúrui, Moskvá, p. 100).

El doctor Lamsdorff-Galagane ha sido hartamente moderado en el enjuiciamiento que semejante postura merece a una mentalidad occidental y, pese a haber manejado tantos libros soviéticos, no ha gustado seguir los ejemplos de Lenin, argumentador magistral en sarcasmos y dicterios. Nos traza, sí, con mano segura, el panorama del retorno a Hegel que vive la filosofía soviética al dejar atrás los terrores de la mordaza staliniana. Aunque no aborda más que el tema de la justicia la riqueza de sus noticias nos traza el panorama de la vuelta a Hegel y de cómo influye en la perspectiva del problema que él estudia. Lástima que, por aligerar la carga erudita de un libro tan precioso, no haya apurado la vuelta al horizonte; ni nos haya narrado la cínica, por no decir ridícula, postura de un G. F. Aleksandrov al canonizar en 1954 en su *Dialekticheskiy materializm* al mismo Hegel que tanto atacara en solemne sesión en 1944. De esperar es que el dominio que el doctor Lamsdorff-Galagane posee en estas materias nos brinde en el futuro la valoración científica de este retorno a Hegel para la filosofía del derecho, en la línea de los libros que desde 1956 van siendo consagrados al magno filósofo de Stuttgart, como los de T. Oizerman *Filosofia Guéguella*, los de M. F. Ovsiánnikov y V. V. Sókolov del mismo título, el de K. S. Bakradze *Sistema y método filosofii Guéguella*, los dos volúmenes de K. I. Julian *Método y sistema Guéguella*, el de A. A. Piontkóvskiy *Uchenie Guéguella o prave y gosudarstve*, y tantos más que fuera ocioso enumerar en estas cortas líneas liminares.

El relativismo de la concepción de la justicia, al ser una verdad moral y, con arreglo al dictamen de Engels seguido por Lenin, quedar las verdades en reflejo de la praxis en el devenir dialéctico de las cosas, y en este caso del materialismo definidor de la historia, queda dichosamente descrito en este libro denso y docto. Sus aplicaciones concretas giran, como muy bien aquí se ve, en la contraposición entre las verdades parciales y la verdad absoluta, tanto más acusadas cuanto en el materialismo histórico se ha dado interpretación de lógica de la historia, casi de cronología, a lo que fuera en Hegel lógica como ontología; de suerte que lo absoluto viene a quedar cifrado en la ciudad ideal del futuro, en la sociedad comunista completa. La permanencia de la dialéctica, que es lo que de Hegel dedujo en resumidas cuentas la izquierda hegeliana, deja por transitoria verdad incompleta cada una de esas justicias sujetas al devenir de la praxis que se refleja en el devenir de la verdad. Cabía, y cupo, la solución staliniana, consistente en arrinconar a Hegel y en dar de la dialéctica versión que la ajustase al genio definitivo del creador genial que Stalin fue; pero en el retorno a Hegel la justicia se relativiza al sujetarse al ritmo del devenir dialéctico, y las conclusiones a que llega el doctor Lamsdorff-Galagane se integran en el plano de la interpretación soviética de la filosofía. Si nos parecen contradictorias a nosotros es porque no somos capaces de entender ni el primado de la praxis, ni la subordinación del conocer a la realización del materialismo dialéctico; es porque nuestra ineptitud no alcanza a entender esta

relativización que esclaviza la justicia a las mudanzas de la política.

Igual que en el mito de Tántalo, jamás el pensador soviético puede asir la justicia que siempre tiene al alcance de sus manos. En el fondo este afán por definir una justicia que nunca puede ser autónoma en sus valoraciones es el reproche formulado por Lucifer a Adán en el canto XII de *La tragedia del hombre* o *Az ember tragédiája* del clásico húngaro Imre Mádach, cuando le espeta: «Ya veo reniegas de tu ideal incluso antes de que tu ideal haya podido tomar cuerpo»:

«Eszményedet, mint látom, elveted,
előbb még, mintsem testesülhetett».

Aunque el futuro es siempre ignoto. Del retorno a Hegel puede llegarse al retorno a Aristóteles. No faltan ya atisbos en Rusia, donde V. P. Tugárinov y A. I. Uyémov han postulado concepciones en las que poco o nada resta de hegelismo y casi todo es aristotélico, por más que el segundo en su *Vieschi, svoistva y otnoshéniya*, insista en el primado de la relación por concesión a los planteamientos hegelianos. De esperar es que, si las circunstancias lo permiten, tal línea no se corte y que su estudio encuentre en el doctor Lamsdorff-Galagane el crítico agudo y docto que ha demostrado ser en las páginas que siguen.

Sevilla, octubre 1968

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA